

Chiti, la “mami” de muchos africanos en Las Palmas

Cáritas Interparroquial facilita la integración, gracias a la enseñanza del castellano, a cientos de migrantes africanos que llegan a Gran Canaria. Chiti Suárez ha sido el alma de esta iniciativa desde sus inicios.

Hay miradas que matan... y hay miradas que dan la vida. La de **Chiti** es una de estas. He de reconocer que en tres años no le he visto un mal gesto, una mala cara, un tono de voz disonante del resto. Su rostro siempre lo preside una sonrisa que permanece indeleble en ella, junto a una mirada clara que transparenta un alma grande. Un alma más grande incluso que el océano que rodea estas islas; un alma que no cabe en un cuerpo menudo y encorvado por el lastre de los años y por el amor de una madre que ha tenido que cargar con más peso del que cualquier otro podría sobrellevar; un alma que no se quiere encorsetar en tan menudo y desgastado físico, y por eso se desborda en amor a todos los que llaman a la puerta de su casa.

Metáforas que se transforman en realidad. En efecto, se pueden contar por cientos los subsaharianos y magrebíes que han llamado a la puerta de la casa que Chiti tiene en Ciudad Jardín, en pleno centro de Las Palmas de Gran Canaria, muy cerca del colegio salesiano de la capital isleña. Sabían –y es que el boca a boca es más poderoso de lo que parece– que en aquella mujer iban a encontrar a la “mami” que muchos de ellos habían tenido que dejar atrás, al cuidado de sus hermanos más pequeños, en el continente.

Y por cientos se pueden contar los migrantes que, gracias a ella, empezaron a acudir al colegio salesiano a recibir clases de español en una historia que comenzó hace ya nueve largos años...

■ «La cónsul de Guinea tuvo la culpa de esto»

«Desde chiquita yo tenía inquietud por las misiones», empieza a contar Chiti sin perder ese brillo en los ojos que habla por sí solo, y con el pausado y rítmico runrún de fondo del respirador que permite a “su tesoro” seguir viviendo casi veinte años después de un trágico accidente.

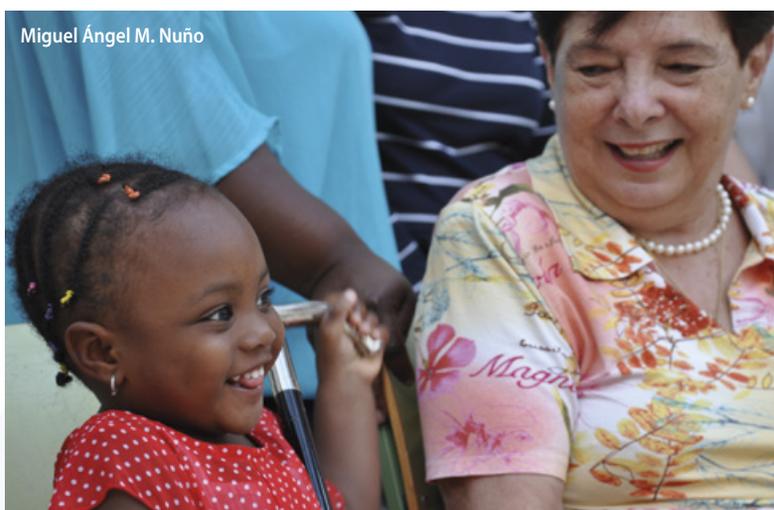
“Pero lo que de verdad desencadenó que yo empezara las clases con ‘mis negritos’ –me pide que no lo ponga así, que sabe que no es políticamente correcto, pero ‘es como me gusta llamarlos cariñosamente’, sentencia– fue ver a mi amiga **Alicia Navarro**, a la sazón cónsul de Guinea Conakry en Las Palmas, intentando rescatar de una patera a



Miguel Ángel M. Nuño

un grupo de subsaharianos. Fue tal la impresión que me llevé que, en la primera ocasión en que la volví a ver, me ofrecí para echarle una mano. ‘Chiti –me respondió– lo mejor que puedes hacer es enseñarles nuestro idioma y nuestras costumbres’. Esto sucedía en septiembre de 2007, hace ya nueve años. Y desde entonces, con el apoyo incondicional de la comunidad salesiana y bajo el paraguas de Cáritas Interparroquial, dos tardes por semana el patio y las aulas de Salesianos-Las Palmas se llena de guineanos, senegaleses, malienses... dispuestos a integrarse un poco más en nuestra cultura. “Incluso un buen grupo de filipinos se ha beneficiado de nuestros servicios en cursos anteriores”, recuerdan desde el equipo coordinador.

El perfil es variopinto e irregular. Si al principio solían ser varones, entre veinte y cuarenta años, todos



Miguel Ángel M. Nuño

desconocedores de la lengua española e incluso algunos completamente analfabetos, en la actualidad el grupo se ha ampliado en edad hasta los sesenta años, y ha descendido hasta los quince o dieciséis: “Desde hace varios años el Cabildo insular

nos está enviando menores acogidos en instituciones públicas, que llegan a las costas de las islas más orientales, para que desde Cáritas les ayudemos en su integración”, confirma el director de la casa salesiana, **José Carmelo Pulido**.

■ **«Lo peor fue la despedida»**

Chiti habla pausada y recuerda muchas de las experiencias vividas estos años, todas gratificantes. Es una mujer que siempre ve la botella medio llena. “¿Y el peor recuerdo?”, me atrevo a preguntarle. “La encerrona que me hicieron todos ustedes a principio de curso, en aquella merienda de despedida. Tener que separarme de esta familia por culpa de los años y de esta enfermedad, sinceramente, me ha costado mucho”. Chiti da un paso al lado y se aparta, pero el trabajo que ha dejado bien plantado seguirá por muchos años.

■ Miguel Ángel M. Nuño



Miguel Ángel M. Nuño